

Vicente Vilana

A partir de la filosofía Vicente Vilana descubrió el universo del libro-álbum. Mira a éste desde aquella y a aquella desde éste reforzando su máxima "Tan iguales, tan diferentes". Profesor de instituto, editor, ensayista y escritor para niños, Vilana gana por méritos propios cada uno de estos títulos frente a la labor de la editorial Diálogo y, en especial, de la colección 'Diálogo infantil' (www.editorialdialogo.com)

Un artista ilustrado

Miguel Calatayud es –permítaseme la analogía– un músico total. No es únicamente aquel virtuoso de un instrumento particular en el que reconocemos a un concertista de primera línea. Es, además, un conocedor profundo de la historia de su disciplina, competente en todos los estilos, en todos los palos, en todas las armonías, desde las más tonales hasta las más incomprensibles para un oído que se imaginaba experto. Se trata de un artista que tiene en la cabeza todos los instrumentos, todas las partituras, todas las posibilidades de una orquesta que es capaz de dirigir extrayendo de ella los infinitos colores que posee la paleta del músico.

Son bien conocidas sus facetas de ilustrador de álbumes, de cartelista, de artista gráfico, sus colaboraciones en revistas, sus trabajos en el ámbito del cómic, etcétera. Quizá lo sean menos su profundo conocimiento y su reconocible pasión por las costumbres y tradiciones de nuestra cultura popular, fruto en buena parte de su experiencia de viajero –que no turista– recorriendo pausadamente en coche, de villa en villa, muchos de los extraordinarios y escondidos pueblos de nuestra geografía, a la manera de los naturalistas de otras épocas o de los antropólogos de cualquier tiempo; que es un experto en socarrats, esas placas de cerámica de siglos pretéritos, cocidas y decoradas con óxido de hierro y carbón vegetal; o su afición al cine, a la novela negra o a la fotografía, cuyas influencias son, sin duda, reconocibles en sus trabajos.

Tampoco es bien conocida otra de sus actividades directamente relacionadas con la ilustración: la que tiene que ver con la dirección de la colección "Libros Muy Ilustrados", publicada por la editorial Diálogo desde hace ya algunos años. Una intervención a la que él se refiere como cen-

trada en el diseño y la producción, y que no deja de ser una dirección artística total que abarca desde el diseño de la colección, la elección de los ilustradores y los textos o la planificación de los materiales publicitarios, hasta el cuidado exquisito por todos los diversos aspectos y detalles que intervienen en el proceso de producción del objeto álbum ilustrado: maquetación, elección de papel, impresión, encuadernación...

Se trata de un trabajo en el que, como todo aquello en lo que el artista interviene, deja su impronta. Sus elecciones gráficas para cada libro no son casuales, sino fruto de un reconocimiento experto del lenguaje plástico que cada ilustrador pretende aportar. En su mente, siempre, operando como telón de fondo desde el que proyecta sus decisiones, arraiga un panorama completo de los diferentes estilos que componen la historia de la pintura, del diseño, del arte en general, una sombra que cimienta la perspectiva global de la colección. Creo que a su proyecto le vienen bastante bien las palabras de Carmen Bravo Villasante, una de las máximas autoridades en el campo de la literatura y de la ilustración infantil: "El día en que se haga una historia de los ilustradores españoles del libro infantil, nos encontraremos con la sorpresa de que a través de estos libros se puede hacer también una historia de las diversas corrientes del arte español del dibujo y del grabado, que reflejan las modas artísticas del realismo, modernismo, arte de vanguardia, expresionismo, arte abstracto y figurativo, sin olvidar las tendencias del pasado medieval, barroco y neoclásico". Es, pues, la suya una mirada siempre atenta a todo aquello que supone algún tipo de aportación, por mínima que sea, a la diversidad y a la riqueza de los planteamientos estéticos. En

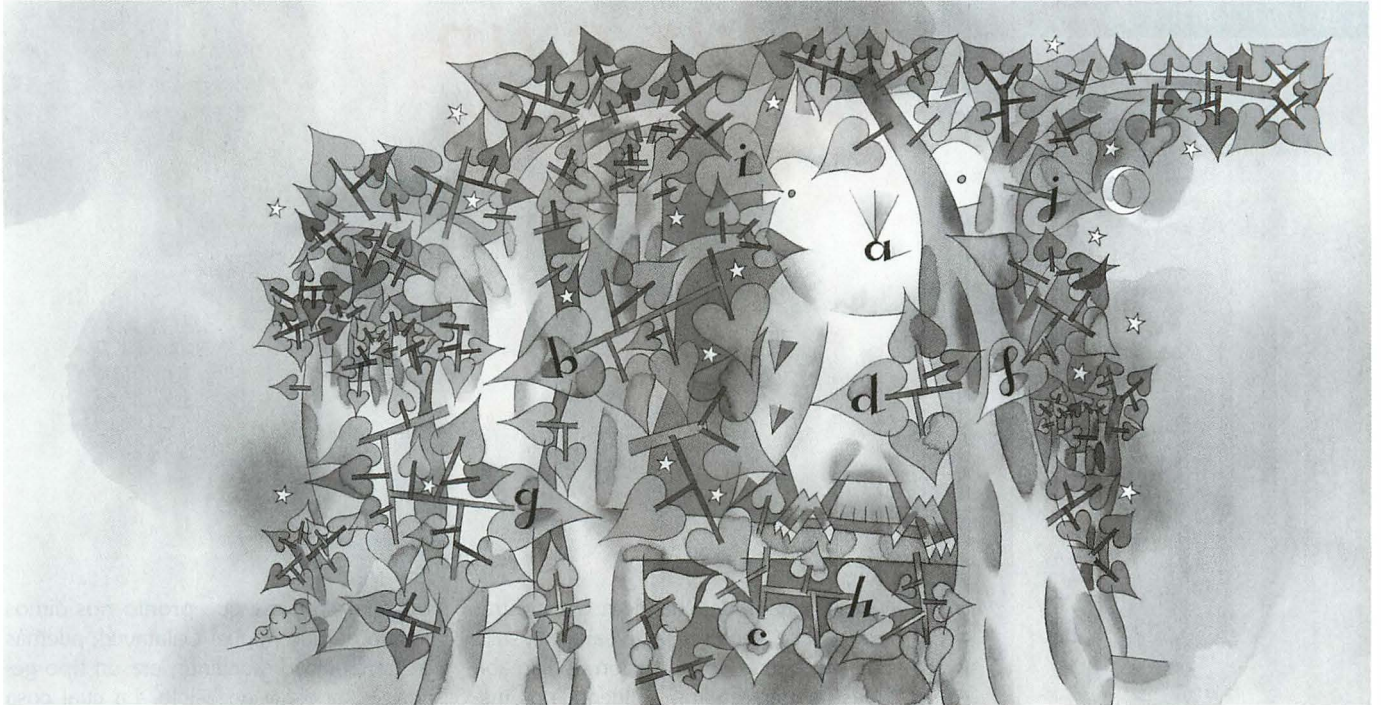


Ilustración de Miguel Calatayud del libro *El bosque de mi abecedario* de Pedro Villar (Valencia: Diálogo, 2002)

este sentido, se ha preocupado por combinar ilustradores consagrados, que son referentes en el panorama de la ilustración española, con el descubrimiento de nuevos talentos cuyos trabajos suponen enfoques, de alguna manera, novedosos. Lo que nunca acepta es la mediocridad, lo manido, las modas...

La colección cuenta con tres títulos ilustrados por el propio Miguel: *El bosque de mi abecedario* (Pedro Villar, 2003), *Tres viajes* (Jordi Botella, 2005) y *Las islas fabulosas* (Joan Manuel Gisbert, 2011). Las imágenes de cualquiera de estas obras son perfectamente representativas de su personalidad artística: en ellas flotan personajes, objetos o ambientes que no se dejan aprehender, que son puro devenir, libres y exuberantes, que no echan raíces en ninguna lógica al uso, pero que acaban convirtiéndose en la auténtica realidad para el espectador-lector aportando nuevas perspectivas, nuevas interpretaciones del mundo, de las cuales nunca podríamos decir que no son verdaderas. En sus ilustraciones reconocemos un lenguaje que genera sentido simplemente a través de las formas bellas, de la riqueza de unas gamas de colores asombrosas o de las múltiples sugerencias que nos provocan: inocencia, jovialidad y alegría, despreocupación, afirmación de la vida, liberación, sensualidad plasmada en el manejo del color y sus matices, juego, fiesta, universos posibles donde habitar o que explorar... En esos heterogéneos universos resuenan con especial significación aquellas palabras del fi-

lósofo alemán Friedrich Nietzsche: “El valor del arte reside en que en él dejamos por una vez al mundo al revés estar al derecho, al falso ser verdadero, para nuestro solaz” (*Fragments póstumos*, 5 [22].)

Su apuesta por un arte no representativo, antinaturalista, sin intención alguna de reflejar “la” realidad en “el” espejo, obliga a la participación del espectador, quien, de este modo, no tiene más remedio que situarse activamente en el ámbito de la subjetividad y de la interpretación para intentar anular el aparente sinsentido de la vorágine de elementos que, en tantas ocasiones, pueblan sus mundos. Tarea ésta complicada pero enormemente enriquecedora para quien se acerca a ellos, porque rica es la obra de Miguel Calatayud desde múltiples ángulos. No debe esto entenderse como que su obra se elabora de espaldas al mundo empírico. De hecho, antes de enfrentarse a la lámina, desarrolla un laborioso trabajo previo en el que investiga, toma apuntes del natural o fotografías, se documenta, recopila recortes de prensa o elabora bocetos y borradores, para luego hacer una lectura absolutamente personal de esa realidad, en la que no pocas veces aparece la reflexión y la crítica.

Con todo, se ha subrayado repetidas veces que es un artista reconocible, esto es, que posee una mirada de conjunto propia, un universo personal y una identidad coherente, que desde sus inicios representó una renovación en el campo de la ilustración infantil. Este último aspecto ha

quedado patente en la reciente exposición “Miguel Calatayud. Ilustraciones 1970-2010”, que hemos contemplado hace unos meses en el MUVIM de Valencia. Como escribe Gustavo Puerta en el catálogo de dicha exposición, el planteamiento de Miguel Calatayud sigue siendo “subversivo, tanto a nivel formal como en lo referente a sus contenidos”. En efecto, la conjunción de diversos elementos técnicos (como la aguada, la línea fina como referente sobre espacios cromáticos cuyas intersecciones se resuelven en sutiles degradados, las formas planas geométricas y su perspectiva cubista, entre otros muchos) y –señala Puerta– la síntesis que elabora a partir de mundos tan dispares como los movimientos estéticos vanguardistas que iluminaron Europa a principios del XX, la cultura popular y el pensamiento infantil, hacen de la obra de este creador una referencia única dentro del panorama español.

Además de los numerosos elogios y premios nacionales e internacionales recibidos a lo largo de su trayectoria, quisiéramos acabar recordando el reconocimiento que supuso el Premio Nacional de Ilustración otorgado en 2009 por el conjunto de toda su obra (ya lo había recibido en dos ocasiones anteriores: en 1989 por *Una de indios y otras historias*, y en 1991 por *El Libro de las M’Alicias*). Una obra que, con el transcurrir de los años, no ha perdido ni un ápice de su modernidad; una obra que nos sigue impactando y estimulando. ▶